

# REGRESAR A BRETON

JULIEN GRACQ

Traducción de Aurelio Asiain



No creo que Breton hubiera recibido muy bien la celebración del centenario de su nacimiento. Algo tenía que ver, a su manera, con lo sagrado; casi nada, en cambio, con lo oficial y los ritos convenidos de conmemoración. En litigio con la historia desde sus comienzos, el surrealismo fue además poco amigo de la memoria: un obstáculo a la apertura perfecta a lo eventual, a la página blanca en que sólo la revelación puede llegar a inscribirse con toda su fuerza renovadora. Breton era por completo prospectivo, vigía de aquello que se anuncia, poco dado a recapitular; no viajaba en el asiento trasero. Por lo demás, ¿nació de veras en 1896? Tiene en común con Malraux (y es casi lo único) el haber sido poco marcado por su infancia, a la que de algún modo rechazó como mezquina, amputada, larvaria. Nació más bien hacia 1916: todo se decidió para él en los años finales de la adolescencia y los inmediatamente posteriores.

Más que volver a ocuparse del escritor hoy consagrado y del alma de un movimiento al que mucho se ha diseccionado, se antoja aplicar de nuevo en toda su extensión la historia agitada del surrealismo a los accidentes de su tiempo, sus altos y bajos a los sobresaltos de un siglo terriblemente traqueteante, todos a su manera refractados por él. Pues, si no tenía amor por la historia (que lo engendró), la historia le correspondió a veces con severidad (pero no siempre), y se entregó con él a un extraño ejercicio de contrapunto.

El surrealismo nació sin duda de la execración que dejaba tras de sí la pesadilla de 1914-1918, execración rápidamente extendida hasta alcanzar a toda la literatura que la había preparado o al menos permitido (el "proceso Barrès"). Sacó la fuerza de impulso inicial que demostró y que debía mucho al resentimiento, la necesidad exacerbada además de un *otro por entero* que oponer al mundo de las trincheras, y al de la retaguardia que le había permitido durar. Encontró ahí el eco, no vasto pero profundo, que había despertado desde el principio. El compromiso no sólo en el campo de la revolución, lo que podía pasar por plausible, sino, más precisamente, en el sector que controlaba la III Internacional —lo que necesariamente iba a tener como

consecuencia una alteración en el trazo de su "línea"— llegó más tarde, pero bastante pronto, en 1925: se sabe que fue en parte resultado de la lectura que Breton hizo del libro de Trotsky sobre Lenin. La guerra del Rif, casi olvidada hoy pero que fue para parte de la izquierda el equivalente de la guerra de Argelia hacia 1960, desempeñó también su papel. Los altercados inevitables del surrealismo, después de que se puso "al servicio de la Revolución", con el comunismo —ya acres y ruidosos— se complicaron en los años 30 con el rápido ascenso al poder del nazismo, cuyo irracionalismo explosivo no dejó para empezar completamente insensibles a ciertos miembros del grupo (la evicción de Dalí está ligada a este episodio). Luego, después de 1935, y sobre todo después de la guerra de España, la exasperación del conflicto entre los campos fascista y antifascista (cuyo líder más decidido parecía ser la URSS), al hacer aparecer una amenaza directa de guerra general, fueron poco a poco situando políticamente al movimiento de Breton en una posición casi insostenible, dividido como estaba entre el rechazo visceral (y para él congénito) de un nuevo 14-18 y el rechazo de la pasividad frente al nazismo. No está prohibido interpretar la partida de Breton en 1938 hacia México y Trotsky como una tentativa de escapar a un dilema insoluble "por lo alto", por la evasión a la política utópica, con la que se relaciona también la posición equilibrada, pero, hay que decirlo, equilibrada en el vacío, en la que trató un momento de mantenerse: "¡Ni vuestra guerra, ni vuestra paz!".

Cuando vi por primera vez a Breton en Nantes, unos días antes de la guerra, era claro que el movimiento animado por él se encontraba en una época de sequía. El árbol había perdido muchas hojas al filo del agrio cierzo de la política: Aragón estaba ya lejos, Dalí también, la ruptura con Eluard estaba consumada, Char se alejaba. Breton en cambio no estaba desanimado, pero parecía tomar distancia de una actualidad opresiva; pensaba en una revista, abierta a los no surrealistas y que mirara con más perspectiva la "batalla de hombres" que se anunciaba. Poco después del derumbamiento, la partida en busca de refugio a los Esta-

dos Unidos, y luego el regreso en 1946, que se hizo casi en silencio, marcaron el inicio de una larga travesía del desierto, cuyo término Breton no vería.

Más de una razón explica ese prolongado crepúsculo. Mecánicamente, estaba sin duda el eclipse de la tronera que parece limitar el periodo conquistador, activo, de movimientos como el surrealismo a una o dos décadas cuando mucho, más allá de las cuales las cámaras de ecos del comienzo se convierten en almohadas contra las que la voz se ahoga, las peores provocaciones caen en el vacío y el silencio. Estaba también el hecho de que la catástrofe hitleriana había agostado por mucho tiempo el terreno de lo irracional en que el surrealismo había cazado desde el principio con predilección. Estaban también el "café" y *el grupo*, mantenido por Breton inamovible, cuya composición se había rejuvenecido y cambiado y en el que sin duda los talentos no faltaban, pero que, guardián por naturaleza de los ritos que se convertían en arrugas, mantenía en torno a Breton una cerrazón más bien que un relevo de comunicación. Y al que por lo demás, de buen o mal grado, Breton paralizaba un poco en su "creatividad" con su prestigio y su personalidad voluminosa y cortante. Deseaba sinceramente seguir siendo un animador convivial, pero era ya al mismo tiempo una estatua. Recuerdo haberle preguntado una o dos veces si no se planteaba disolver su grupo, que se había vuelto poco productivo, para dejar que las semillas que había lanzado a puñados buscaran libremente su camino al antojo del viento. La respuesta era siempre la misma: "¿A quién le dice eso, mi estimado? Pero sería darles una alegría excesiva a nuestros enemigos." Por lo demás, el problema estaba arreglado antes incluso de que se planteara: la separación entre Breton y su prolongamiento semi-orgánico: el pseudo colectivo de "mis amigos y yo", era impensable mientras viviera. Breton murió en septiembre de 1966: entierro de otoño que me dejó un recuerdo casi primaveral. Había notoriamente más gente de la que se esperaba, muchos enamorados con una flor tomados de la mano. Y, poco después, la dislocación y luego la disolución del grupo marcaron el fin oficial del movimiento. Y sin embargo...

...El humor negro que anida a veces en los datos de una biografía es lo único que impidió, dos años después, un encuentro que todavía hace soñar un poco: el de Breton y mayo de 1968.

Es más difícil de lo que se cree adivinar la actitud que habría tomado frente al movimiento de los estudiantes. En el fondo, a Breton no le gustaba el buen éxito: desconfiaba de él, era su oponente nato ("Todas las ideas que triunfan corren a su perdición"). La trivialización inevitable de esas ideas, incluso su caricatura, podría haberlo herido violentamente. Desde el comienzo, por lo demás, había estructurado su grupo no de modo que extendiera ampliamente su comunica-

ción, sino como un orden de depositarios escogidos que hubieran hecho fe de "surrealismo absoluto", para decirlo brevemente, más que propagandistas, una falange de elegidos que resguardaran a su alrededor el *castillo estrellado*. No creo que hubiera tomado nunca en serio la posibilidad de una llamarada surrealizante, que pusiera realmente a las masas en movimiento. Pero es seguro que esa explosión libertaria imprevista de mayo de 1968, que más que una revolución política buscaba cambiar la vida según la ley del deseo, aquí y ahora —"inmediatamente y sin tardanza"— y que desconcertó tan grandemente a toda la izquierda institucional, hasta en su lenguaje y en sus fórmulas, tenía que ver, no siempre a sabiendas, con Breton mucho más íntimamente que con Sartre y sobre todo Aragon, quienes intentaron el uno y el otro hacerse ungr por la Sorbona regenerada. "En el fondo, todo eso era Breton", me dijo un día Georges Pompidou, algún tiempo después de los acontecimientos".

No hay que sacar conclusiones sobre un encuentro no ocurrido, sobre las consecuencias y sobre los malentendidos posibles y hasta probables que no habría dejado de provocar. Queda que, a la hora en que el surrealismo ponía por sí mismo punto final a su existencia histórica, el mayo de 68, antes de dejarlo hibernar de nuevo, parece haber demostrado, al menos confusamente, que el surrealismo podía "reaparecer" un día. Nacido ave de las tormentas, y de la convulsión de un mundo, es en los "treinta gloriosos" donde caminó subterráneamente con más rapidez y su oportunidad real parece haberse presentado en el momento en que disponía su propia disolución.

El surrealismo no se presenta a la entrada de un nuevo milenio con las manos vacías. No cambió la vida pero, en todo caso, la oxigenó bastante. Amplió decisivamente el ámbito de la poesía, la sacó del ghetto de las líneas desiguales que la mantenía prisionera, despejó los canales por los que puede llegar a irrigar la vida de todos los días, de la magia del sueño a la del azar y los encuentros, y hasta de los sucesos menudos: una conquista esencial. Dio nuevo aliento al "romanticismo eterno", liberado de lo pintoresco, del orientalismo y del medievalismo que lo habían corrompido entre nosotros, al infundirle la ambición inmensa, a veces balbucida (hay que decirlo) más que significada por el romanticismo alemán: le dio por lo menos pleno derecho a la alternancia.

¿Acabó su recorrido? El mundo, que se hace —o se deshace— ante nuestros ojos, luego de haber explorado inútilmente las vías clásicas de la revolución política, es sin duda uno de esos contra los que Breton habría lanzado el anatema con las menores reservas y, sin duda, también con las mayores justificaciones. Valor monetario instantáneo de toda actividad humana —promoción del arte al nivel del mercado—, adveni-

miento de una sociedad exclusivamente obsesionada con los "empleos" de moneda y de producción de mercancías y en la que, según el dicho de Thomas Pollock Nageoire en *L'Échange*, "todo vale tanto", en camino además de cretinización por los medias y la economía política, donde el periódico que busca el desempleado lo mismo que la revista que lee la *intelligentzia*, por el juego de los "suplementos" que se inflan, se transforman a ojos vistas en Difuso Rumor de la televisión y de la Bolsa, no es del todo insensato, ante un balance condenado finalmente al rechazo, imaginar un día al surrealismo como un movimiento heredero, de forma imprevisible, sin duda desembarazado de unos pecados veniales que acarició demasiado, baratijas de época que mucho hicieron para envejecerlo: ucases, provocacio-

nes pueriles, cadáveres exquisitos, juegos de palabras metafísicos, cartas a las videntes y otros *gadgets* de lo irracional. ¿Cómo saberlo? El déficit de respuesta de las religiones se ha vuelto casi tan patente como la caricatura de las "sectas". El surrealismo, que jugó un poco al escondite con la historia, y al que esta apenas sirvió, no ha "pasado", como se creyó en otros tiempos del café; ha demostrado más bien una tenacidad inesperada para subsistir en la hibernación. Para los manes de Breton, un siglo después de su nacimiento, un cuarto de siglo después del deceso oficial de su grupo, las perspectivas no se han cerrado. ▀

© LE MONDE

## JEAN SCHUSTER

El 17 de octubre pasado murió Jean Schuster. Unos treinta años atrás, algunos meses antes de su muerte, André Breton lo llamó por teléfono para preguntarle si le molestaría aparecer en su testamento, como albacea y como responsable de los archivos del surrealismo. Schuster contestó que, al contrario, esto constituiría un honor para él.

A la muerte de Breton, en septiembre de 1966, Schuster queda a la cabeza del grupo surrealista, que se autodisuelve tres años después por razones que él expone en "Le Quatrième chant" (*Le Monde*, 4 de octubre de 1969.)

Para dar salida a los "archivos", Jean Schuster crea la asociación ACTUAL en 1983. Gracias a las actividades de la misma, se han publicado cinco tomos de la colección *Archives du Surréalisme* y se han llevado a cabo múltiples actividades alrededor de estos documentos. Estas actividades se prolongan hasta 1993, fecha en que se disuelve la asociación.

Jean Schuster, director de *Medium* (1952), editor de *Le Surréalisme Même* (1958), entusiasta colaborador de *La Brèche* (1961) y de *L'Archébras* (1967-1969) es autor de varios libros, entre los que se cuentan *Les Mouttons* (poema), *Le Ramasse-miettes*, *L'Art poétique* (en colaboración con André Breton), *Entre Augures* (conversaciones con Michel Leiris).

Durante los tres últimos años de su vida, Schuster pasó largas temporadas en México, donde impartió cursos, dictó conferencias y colaboró en *Vuelta*, el suplemento dominical de *El Nacional* y *El gallo ilustrado*.

LOURDES ANDRADE